

y los americanos que han escrito marchando sobre su testo, han dicho que Mochtezoma subió al balcon ó azotea como otro Pilatos, para hablar á la canalla de Jerusalem, y calmar su sedicion contra el Santo de Israel; que lo hizo por mandato ó súplica de Cortés: que conmovido el populacho le perdió el respeto, le insultó, le dió una pedrada en la sien, y una herida en el vacio, de la cual murió. Sobre esta patraña se han edificado grandes castillos; se ha hablado del bautismo de Mochtezoma (y yo el primero) siguiendo los documentos que se han presentado en autos de esta real audiencia, y las reales cédulas ganadas por Cortés para fundar el mayorazgo de Mochtezoma con arreglo á las leyes de Castilla, y el primero que se fundó en México sobre el supuesto de que lo nombró tutor de sus tres hijas, y mandó que las bautizasen (*); mas todo este coloso ha venido abajo con unos cuantos rasgos de Pluma del P. Sahagun.... Alvarado puso hierros á Mochtezoma (†) y se valió de él para que cesase la guerra, hablando al pueblo por medio de Itzcuahtzin. Sigue describiendo el empeño de sitiar las casas reales, y el de impedir la introduccion de víveres, dando muerte á los que por parciales lo hiciesen, todo con admirable exactitud y naturalidad; distingue este periodo de tiempo en que Alvarado se defendió en el fuerte ó casas reales, del en que llegó Cortés, y despechado de que no podía concluir la guerra por las exhortaciones de Mochtezoma, no solo concibe el proyecto de vengarse en él matándolo, sino que exhorta á los españoles con una arenga á que eje-

Hernán Cortés, que publicó en México, y no mas que quiso, pues se quedó en intencion. No es á propósito un obispo español para esta clase de operaciones. Sus notas son tan insulsas é inoportunas como ridículas; á cada paso cita un testo de la Sagrada Escritura, que viene al caso, como pedrada en ojo de boticario, y canoniza las mayores maldades de Cortés, como actos de heroica santidad.

(*) Léanse impresas estas cédulas en dichos manuscritos de la Universidad á que se han agregado.

(†) Cuando todavía no llegaba Cortés de Zempoala.

cuten lo mismo con los demas principes que se hallaban prisioneros en la casa, de cuyo asesinato hablan, principalmente del de Cacamatzin rey de Texcoco; pero callan el de Mochtezoma que corrió la misma suerte. Véamos amplificadas estas ideas con el testo del siguiente capitulo, el cual por su sencillez no necesita mayor comentario.

CAPITULO XXII.

Como llegó la nueva á México de que ya venia D. Hernando Cortés habiendo vencido á Pámfilo de Narvaez, y venia la vuelta de México.

DESQUE los indios mexicanos hubieron encerrado en su fuerte á los españoles y los cerraron para que nadie pudiese salir del fuerte, los españoles procuraron de hacer saber á D. Hernando Cortés el peligro y necesidad en que estaban, y á este propósito escogieron indios de entre los tlaxcaltecas y zempoaltecas (hasta de diez ó doce) y secretamente les instruyeron de lo que habian de hacer, y los enviaron de uno en uno por diversas partes, y en diversos tiempos para que fuesen con toda presteza á hacer saber al capitan D. Hernando Cortés á la costa lo que pasaba, y destos que salieron para llevar esta nueva los mas dellos cayeron en las manos de los mexicanos, y los mataron. Llegaron al capitan D. Hernando Cortés como dos ó tres que no cayeron en las manos de los mexicanos, no juntos, sino cada uno por sí, no en un dia, sino en diversas horas, y informaron á D. Hernando Cortés de lo que pasaba en México. Cuando le llegó esta nueva ya él habia vencido á Pámfilo de Narvaez, y tomádole su gente toda, y toda la municion que traía, y como oyó lo que pasaba acá en México, recibió gran pena, y secretamente sin decir nada de lo que pasaba, se partió para venir á México, con gran prisa y con todo el des-

pojo; y cuando D. Hernando Cortés con su ejército estuvo á la vista de México, y supieron los mexicanos como venia muy pujante, es verisimile que ya habian elegido otro señor entre sí, á quien todos obedeciesen en lugar de Moctheuzoma (el cual estaba ya preso) y el electo habia mandado que cuando llegase el capitán á México, todos los mexicanos se escondiesen, y no pareciese persona viviente por todos los caminos, ni por todos los rededores, para dar á entender con esto que ellos estaban de guerra y muy ofendidos de los españoles que él habia dejado. Esto causó gran admiracion en todos los que venian; pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venian todos muy cansados y muy fatigados con mucho deseo de llegar adonde estaban sus hermanos. Los de dentro cuando los vieron recibieron singular consolacion y esfuerzo, y recibieronlos con la artilleria que tenian, saludándolos y dándoles el parabien de su venida. Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos en gran cópia puestos á punto de guerra, que no parecia sino que habian salido debajo de tierra todos juntos, y comenzaron luego á dar grita y pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artilleria que de nuevo habian traído, y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios con la artilleria, arcabuces y ballestas, y todo el otro artificio de pelear. Visto esto, comenzaron los indios por el temor de la artilleria viendo los que morian á cada paso, á ponerse de lado, algunos de ellos, y otros á echarse en tierra, y otros á esconderse como podian al tiempo del disparar del artilleria. Perseveró esta batalla sin cesar tres ó cuatro dias; y como los mexicanos vieron el daño que recibian, concertaron entre sí de encastillarse en un Cú muy grande, y muy alto que estaba cerca del fuerte de los españoles, y subiéronse allí todos los que pudieron, toda gente escogida, toda gente muy diestra en el pelear, y subieron arriba grandes maderos y mucha cópia de armas, para dende allí ofender á los españoles, y que no les pudiesen ellos empecer

tanto con la artilleria y arcabuceria. Visto esto por los españoles, salió un escuadron dellos todos á punto de guerra, y ordenados como convenia para tomar aquella fuerza. Como hubieron llegado á las gradas del Cú, comenzaron á subir por las gradas arriba, y los de arriba comenzaron á echar por las gradas abajo maderos gruesos, y piedras, y otros maderos para defender la subida, y de todo lo que arrojaban sobre los españoles ninguna cosa les empecia (*). Finalmente, llegaron á lo alto del Cú (†) donde comenzaron á pasar por las espadas y por las alabardas á todos cuantos se les ponian delante, y muchos de los indios se arrojaron por las gradas abajo viendo que todos cuantos herian los españoles caían luego muertos. Los que se echaban por las gradas abajo iban á caer en las manos de los españoles que estaban al pie del Cú, que luego los mataban, y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojar del Cú abajo desde lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el Cú era muy alto, y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del Cú; y así todos cuantos allá habian subido de los mexicanos murieron mala muerte. Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cojido el despojo que les pareció bien, tornáronse á su fuerte, y los indios comenzaron á recoger todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzaronlos á llevar para enterrarlos, haciendo gran llanto sobre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron.

NOTA DEL EDITOR.

Obtenida la victoria sobre Narvaez, Cortés tenía muchos pensamientos que realizar para asegurar su existencia en la tierra, siendo el principal la traslacion de la ciudad de

(*) O dañaba.

(†) Entiéndase templo.

Veracruz cerca de Ulúa, y la ocupacion de otros puntos literales; pero todos sus proyectos se le desvanecieron, sabiendo la estrechez en que se hallaba Alvarado en su cuartel, y los recios ataques que recibia, en que habian muerto tres españoles, Valdibia, Juan Martin Narices, y Peña; era este un jóven á quien amaba singularmente Mochtheuzoma, con quien se divertia y solazaba, y que habia logrado tal ascendiente sobre su corazon, que obtenia de él cuantos favores le pedia. Dejó Cortés cien hombres en Villa-Rica, y á buen recaudo á Narvaez y otros españoles marcados de irrequietos y facciosos: mandó que se reuniesen en Tlaxcala, y que se reuniesen con él los que habia mandado á Gozacoalcos, y que adelantándose á esta ciudad Juan Marquez y Alonso de Ojeda le aprontasen víveres para marchar sin demora á México. Todo se ejecutó como lo habia mandado; en el camino recibió nuevos avisos de los aprietos de Alvarado, por medio del español Santos Fernandez: entró en Tlaxcala, donde fué recibido y felicitado por su victoria; hizo allí reseña de su tropa, y halló mil infantes, y cien caballos; llegó á Texcoco donde se detuvo cuatro dias, y á donde llegaron en una canoa de México los castellanos Santa Clara, y Pedro Hernandez, que le reprodujeron cuanto ya sabia de Alvarado para activar su marcha. Salió Cortés de Texcoco, é hizo alto en Tepeaquilla, donde hoy está el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe, y al dia siguiente, que fué el 24 de Junio, dia de S. Juan, entró en México. Bien pronto conoció el estado de la ciudad hostil y terrible; halló los puentes quebrados, quemados los cuatro bergantines ó fustas que habia hecho para escaparse por la laguna en un conflicto, y lo que es mas, halló que reinaba un silencio profundo y melancólico en toda la ciudad, por cuyas calles y plazas no parecia persona alguna. Al llegar Cortés al palacio, Mochtheuzoma se le presentó á recibirlo y felicitarlo por su regreso; pero sea porque lo habian agraviado contra él las relaciones é informes que habia

oído de los amigos de Alvarado, á porque su próspera fortuna lo hubiese envanecido, él no quiso hablarle, y se retiró á su departamento, dejándolo desairado. Altamente ofendido quedó de esto el monarca, y cierto que no merecia ni por su dignidad, ni por la hospitalidad generosa que le habia dado, un desaire semejante; esta es una de las manchas que en todos tiempos menguarán la buena memoria de Cortés que jamás supo respetar la dignidad régia, sino en la persona de Carlos V.

Presto conoció Cortés la necesidad en que estaba de entenderse con Mochtheuzoma á quien esquivaba. Los víveres se habian casi agotado, los soldados estaban á media racion, y no habia de donde proveerse sino del mercado, ¿mas como podria este hacerse en aquel estado de revolucion, y cuando el principal empeño de los mexicanos era hacer morir de hambre á los españoles? Ocurrió para esto á Mochtheuzoma, quien le hizo ver el estado de nulidad é impotencia á que se veía reducido; acordose por fin que saliese á dar las órdenes para el caso, uno de los grades personages que estaban igualmente presos, y al efecto se puso en libertad á Cuclahuatzin hermano del emperador, y señor de Itztapalapa; apenas se vió este libre, cuando puso en ejercicio su autoridad y ascendiente sobre los mexicanos, y como general antiguo que era de sus armas, comenzó á dirigir las operaciones de la guerra; hizola terrible porque sabia mandar; á poco derrotó á los españoles á su salida, y por muerte de Mochtheuzoma fué nombrado su sucesor en el trono, muriendo despues victima de la desoladora plaga de viruelas que el negro Francisco Eguia, marinero de la escuadra de Narvaez introdujo en Zempoala á su llegada. Este es uno de los grandes gages y obsequios que este malhadado país recibió de tan dañinos huéspedes, y que se arrebató al sepulcro muchos centenares de miles de mexicanos (*). Al se-

(*) Un soldado del batallon de Zamora nos trajo en 1812 la fiebre amarilla que no conociamos, y que tambien hizo horribles estragos en este continente. Fué el último regalo. ¡Muchas gracias!....

gundo día de la llegada de Cortés á México, se presentaron los mexicanos en gran número á batir el fuerte, y obligaron á Cortés á hacer varias salidas para quemar las casas, desde cuyos terrados recibia gran daño, y á cegar varias acequias y fosos que lo rodeaban. Su ingeniero Martin Lopez construyó una especie de Castillos portátiles y fáciles de mover, que entonces llamaban mantas, formados de tablonces con troneras y ruedas para moverse; pero este arbitrio fué de poca utilidad, porque arrojaron sobre ellos enormes cantos con que los destruyeron; ocuparon, como dice el P. Sahagun un Cú, de donde fueron desalojados los mexicanos: Cortés fué herido en una mano en una de estas escursiones, y habria sido sacrificado al dios de la guerra, si no acude á su socorro su compadre Andres de Duero en la calle de Tacuba y lo liberta; el ataque era incesante en el fuerte y parte del muro estaba derribado; españoles muertos habia no pocos, y muchos heridos; por tanto, la situacion de los castellanos era muy comprometida. Verémos sus resultados en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXIII.

De como Moctheuzoma y el señor de Tlatelulco y de Texcuco fueron hallados muertos fuera del fuerte, que los mataron los españoles del fuerte, y los echaron fuera.

ARRIBA se dijo como los españoles (antes que volviese D. Hernando Cortés) sacaron á los principales de México y Texcuco ó del Tlatelulco para que mandase á los que combatian á los españoles que cesasen, y que si no cesaban les iria muy mal dello. Estos señores dichos hablaron á los soldados para que cesasen, y no diesen guerra á los españoles. Oido esto por los soldados, no solo no quisieron apaciguarse, pero crecióles

la ira y el coraje, y injuriaron muy mal á los mismos señores y á los españoles, y luego comenzaron á dar grita y á pelear, dando á entender que ya tenian determinado de acabarlos á todos; y despues que llegó el capitan D. Hernando Cortés de vuelta de la costa del mar, mostráronle la ira, y la determinacion que tenian de acabarlos á todos en que nadie les salió á recibir, y todos se escondieron de su presencia; y como se hubo entendido este su mal propósito con la perseverancia que hacian en la guerra que les daban tambien los españoles, se les subió la cólera, y el capitan D. Hernando Cortés habló á todos los españoles desta manera: "Ya los mexicanos y todos sus amigos están determinados de matarnos á todos; pues nosotros todos con nuestros amigos los indios determinemos de defendernos, si no pudieremos menos hacer en nuestra defensa, matemos á ellos, y los tomemos su señorío, y los hagamos esclavos nuestros, porque estos bellacos indios todos son idolátras y adoran á los diablos por dioses, y no serán poderosos sus dioses para librarlos de nuestras manos; y aunque nosotros somos menos que ellos, y estamos en su tierra, tengamos esperanza en Dios nuestro Señor que él nos ayudará, y nos los dará en las manos, porque solo Dios es Todopoderoso." Desta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer valerosamente, y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué, que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinacion, y que dellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á su manos. Dijéronles: "No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos." Y dizque les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba *Tortuga de piedra*, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga; y desque supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan